

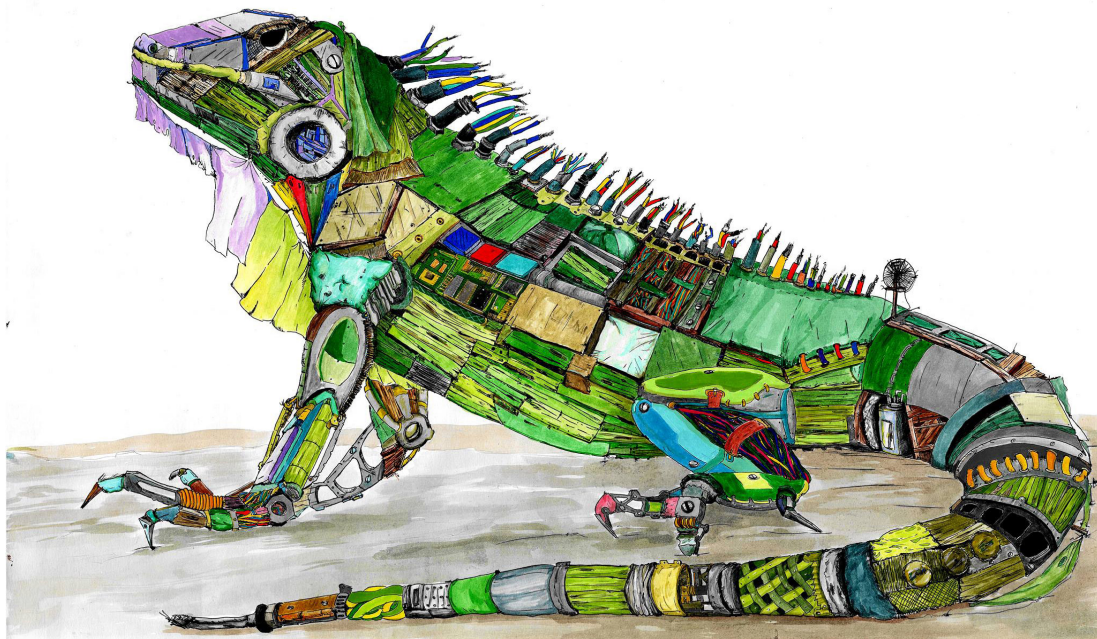
Fútbol y literatura

Tres duelos y un perfil doble

Taller Cuento y Crónica*

El doctrinario fútbol ha corrido a la par con la literatura y sus cerrazones. En nuestras modernas democracias latinoamericanas existen tres cargos con equiparable dificultad social: poeta, jefe de estado y director del seleccionado nacional de fútbol. Si atendemos bien a la lógica, el tercero es más arduo que el resto: mientras la presidencia sólo incide con desmesurado talento en los niveles de odio de la población, y la poesía hace cada vez más presencia en las canchas que en los libros, la dirección técnica puede elevar, apabullar o ecualizar los niveles de éxtasis, felicidad o desconsuelo en su público. La amalgama de estos asuntos no puede ser más que un panfleto retorcido. Pero como este es un espacio avocado a los *complots* y las conjuras, hemos resuelto calzarnos los guayos y proponerles duelos literarios con algunas de las selecciones que se midieron en las canchas del Mundial en Rusia 2018. Ofrecemos a continuación, como resultado del Taller de Escritura Cuento y Crónica, los duelos “Cuando el gran protagonista es el terreno de juego: Polonia vs Colombia”, de Carlos Correa Angulo; “Cuando las mujeres se toman la cancha: Nigeria vs Argentina”, de Angélica María Vivas Betancourt; y “El juego corto y el estilo elevado: Rusia vs Uruguay”, de Javier Córdoba Cuevas. Cerramos este certamen con el perfil “Griezmann y Le Clézio: hombres de América”.

*Taller de escritura creativa de la Universidad de Cartagena, adscrito a la Red de Escritura Creativa “Relata” del Ministerio de Cultura.



De la serie "Ciudad parapeto" (Raúl Ballesteros, 2018).

Cuando el gran protagonista es el terreno de juego: Polonia vs Colombia¹

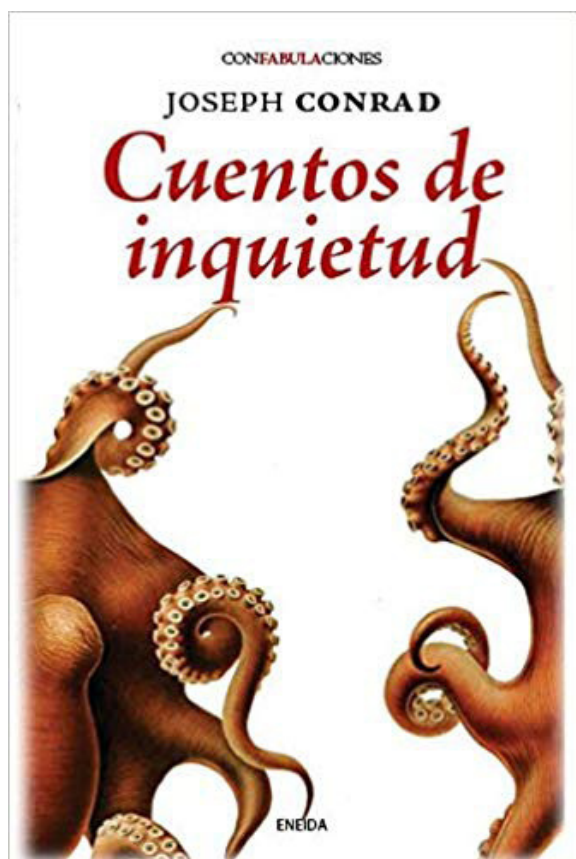
Carlos Correa Angulo*

Hay partidos de fútbol que son un ritual, una especie de “culto religioso, de nueva fe, donde los sacerdotes emergen desde una cavidad subterránea y offician con el pie” –para usar la expresión del escritor español José Luis Sampedro–. Pero todo ritual necesita de un altar, pues “sin altar no hay sacrificio”.

¹ El partido entre las selecciones de Polonia y Colombia se llevó a cabo el 24 de junio de 2018, en el estadio Kazan Arena (Kazan), con un resultado de 0-3, a favor de Colombia.

* Doctor en Antropología y Magíster en Antropología Social, con especialidad en Antropología Jurídica, por el Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (México). Profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. e-mail: pedropetrucci57@gmail.com

El Maracaná, en Rio de Janeiro, retumbó con el fervor herido de más de ciento cincuenta mil espectadores en aquella final de la copa del mundo de 1950, entre Brasil y Uruguay: El “maracanazo”. El Estadio Azteca, en México, fue testigo de una deidad del fútbol como Diego Armando Maradona, donde anotó su famoso tanto “La mano de Dios” contra Inglaterra, en los cuartos de final de 1986. Más de 100.000 espectadores invocaron la furia de un Tlaloc lluvioso rezumante por los aires.



En esta ocasión, Polonia y Colombia debutan en un encuentro literario, haciendo su arribo al estadio Kazan Arena –a las orillas del Volga y el río Kazanka–, centro de importantes certámenes futbolísticos como la pasada copa confederaciones 2017, en la que se enfrentó un Tolstoi certero y profundo en la prosa contra un Octavio Paz de ancestral herida. El Kazan parece una criatura viva, un estadio imponente sin llegar a ser opulento, uno de esos altares que parecen ser más preciados que sus ofrendas.

El escritor polaco Joseph Conrad entra en el juego con un relato vibrante y poco conocido: “Los idiotas”, de la antología de relatos

fantásticos *Cuentos de inquietud* (1896). Por su lado, se para sobre el terreno de juego un Gabriel García Márquez de pinceladas Faulknerianas, con un relato de profundidad psicológica y de descripciones meticulosas sobre la trama interior de los personajes: “La mujer que llegaba a las seis”, recopilado en la colección de cuentos *Ojos de perro azul* (1950). Como narradores del destierro y de los exilios autoimpuestos, sólo García Márquez y Joseph Conrad podían escribir relatos cargados de una pesadez inquietante en sus atmósferas narrativas.

“Los idiotas” es un relato sobre la fatalidad del destino. El matrimonio entre Zuzanne y Jean Pierre se ve ensombrecido por la presencia de sus cuatro hijos; cada vez que la mujer concebía a un nuevo niño, albergaba la esperanza de que éste fuera “normal”, el esperado heredero que se hiciera cargo de la granja de sus padres y abuelos, en cuyas manos fuera próspera y fértil. Pero el destino se burlaba de ellos una y otra vez mirándolos desde la cuenca inexpresiva de los ojos de sus “idiotas”. Jean Pierre, renegando de su suerte, arremete contra la mujer y la estirpe maldita que mancha su honra de varón en desdicha. Sus denuestos hacen que su mujer enloquezca de pena y termine su vida en funesto desenlace.

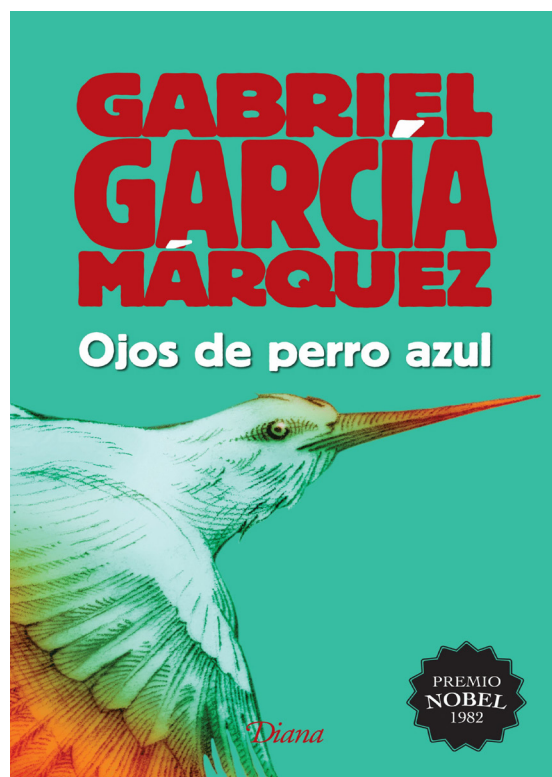
García Márquez ataca con su relato sobre Reina, una prostituta que llegaba religiosamente todos los días a las 6: 00 p.m. al restaurante de José, a quien un día le pide que mienta por ella, diciéndole a la policía que ese día ella había llegado a las 5:45. La mujer,

hastada de su vida de prostituta, asesina a uno de sus clientes y apela a la compasión y al amor agazapado que José siente por ella para que la encubra. José finalmente lo hace en un gesto de complicidad y rendición.

Es el terreno de juego el gran protagonista. Los ángulos sombríos de las dudas por el porvenir y de las correrías del tiempo rutinario, oscuro, confinan a los jugadores a un partido sin ganadores ni perdedores. El esférico va y viene de lado a lado, choca contra la portería después de que Conrad lanzara un pelotazo cargado de ruindad y desgracia, que se eleva sobre la mirada de los cuatro idiotas, hasta quedar sobre el aparador mohoso del restaurante que José limpia con esmero, absorto en la mirada desencantada de Reina, su prostituta cansada, aquella que el mismo García Márquez destinó a ser puta por los siglos de los siglos, a pesar de sus renunciadas y su mundanal hastío.

Son el paisaje, la brisa del mar y las nubes precipitándose en estampida hacia el horizonte los grandes protagonistas de Conrad. No quiere que ninguno destaque, sólo anhela que “las cosas hablen por sí solas”. Se aventura a jugadas técnicas que revelan la audacia en el uso del esférico. El aspecto de las nubes, la premura del aire por los acantilados, la opalina luz negruzca de la tarde nos develan el alma de sus personajes que, como jugadores exhaustos, juegan el partido hasta el último minuto sin abdicar.

García Márquez plantea un juego íntimo, con diálogos entrecortados, apenas sugerentes.



No es un juego táctico, pero está planteado desde lo cerebral, desde el origen de la obsesión con el tiempo mismo y su decurso sobre la historia. Es un juego contra reloj: artefacto al que sólo se le pide un cuarto de hora más.

El Kazan Arena se estremece, los espectadores de pie esperan un gol que defina la historia entre Polonia y Colombia, pero el terreno de juego parece estar vivo, es una criatura bípeda que también sabe jugar al fútbol. Aquí encontramos la luminosidad de Conrad, cuyos juegos topográficos son la vida de su relato, y la obsesión meticulosa de García Márquez buscando redimir –sin éxito tal vez– a su dama de la noche al obsequiarle la complicidad del tiempo.

II

Cuando las mujeres se toman la cancha: Nigeria vs Argentina¹

Angélica María Vivas*

“Una linda jugadita por amor de Dios.
Y cuando el buen fútbol ocurre,
agradezco el milagro sin que me importe
cuál es el club o el país que me lo ofrece”.

Eduardo Galeano, *El fútbol a sol y sombra*.

De Amalia Jamilis, escritora nacida en la provincia argentina de La Plata (1936), es poco lo que sabemos. Su juego ha pasado desapercibido por más de cincuenta años. Clubes dirigidos por figuras más emblemáticas como Cortázar, Borges, Bioy Casares, Sábato o Arlt terminaron ganando las ovaciones en las tribunas y nada quedó para la autora del libro de cuentos *Detrás de las columnas* (1967), cuya estrategia de alineación (comparada de manera reiterada con la de Julio Cortázar) quizás no resultó atractiva para la industria editorial argentina de los años 70. Invitar entonces a Jamilis a este duelo, en representación de la selección albiazul, supone una reivindicación de su táctica, una necesidad imperiosa por ubicarla en la primera división de las letras gauchas.

¹ El partido entre las selecciones de Nigeria y Argentina se llevó a cabo el 26 de junio de 2018, en el estadio Krestovsky (San Petersburgo), con un resultado de 1-2, a favor de Argentina.

* Doctora en Lenguajes y Manifestaciones Artísticas y Literarias por la Universidad Autónoma de Madrid (España). Magíster en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá). e-mail: amvivasb@gamil.com

Quien sí ha recibido el reconocimiento de la hinchada ha sido la escritora nigeriana Chimamanda Ngozi Adichie (1977). Su estrategia, con un importante énfasis en el mediocampo y el contraataque, le permite adentrarse con fluidez en temas como el feminismo, los estereotipos culturales, de género y el exilio. Una muestra de esa agitación de masas se vivió en 2012, cuando un sinnúmero de personas en todo el mundo se puso literalmente la camiseta con el lema: “Todos deberíamos ser feministas” (conferencia de Chimamanda Adichie en TEDxEuston, posteriormente convertida en libro). En este enfrentamiento literario, recogemos los cuentos “Otro verano” (1967), de Amalia Jamilis y “Los concertadores de bodas” (2009), de Chimamanda Adichie.

Jamilis sintetiza toda su fuerza creativa en una plantilla reducida. Apenas tres personajes en el campo de juego son suficientes para un ataque sin resistencia, que ralla con el delirio; un narrador protagonista que luego de muchos años parece increpar a su amigo Bayón por la muerte de Belén, en la que juntos participaron siendo aún adolescentes durante un verano en Pinamar. Un feminicidio fuera de lugar que, sin embargo, es omitido por un arbitraje indiferente, siempre tan acomodado a naturalizar la violencia de género, sin penalizar la jugada, ni siquiera con una tarjeta



Chimamanda Ngozi Adichie en Harvard Class Day (2018). Foto: Stephanie Mitchell/Harvard Staff Photographer.

amarilla. Para plantear un juego equitativo, la nómina de Adichie igualmente se reduce a tres personajes en la ciudad de Nueva York: Nia, una norteamericana de anchas caderas, cabello afro y piel morena, quien cambió su nombre luego de vivir tres años en Tanzania; Chinaza Okafor, una nigeriana de tez clara que, luego de un matrimonio arreglado, abandona su país para hacer parte de las canteras en la sociedad gringa, donde hasta su nombre igbo resulta problemático, por lo que su esposo la obliga a presentarse por su nombre inglés: Agatha. El tercer personaje es el nuevo marido de Chinaza, quien, a pesar de ser nigeriano y jugar en las divisiones inferiores norteamericanas, se siente un *crack* jugando de local, por lo que camufla su origen africano bajo el nombre Dave Bell.

De tal modo queda planteado el juego de estas dos escritoras, que más que disputarse el liderazgo en el campo, exponen maniobras típicas de la dominación patriarcal en la que se privilegian las gambetas machistas antes que el respeto por la vida, la dignidad y la humanidad de las mujeres.

En “Otro verano”, el asesinato de Belén ocurre luego de que ella desestimara las insinuaciones románticas de su primo Bayón y su amigo. Ante el desprecio de la chica, los dos hombres sintieron cómo sus opciones de ganar la liga se desvanecían, mientras la mujer se perfilaba como la valla menos vencida de la temporada estival. En un aparte del cuento de Jamilis podemos leer: “[...] y era que yo me acordaba del snipe... y, antes que nada, de la línea horizontal de la playa, que Belén, enfundada en su malla verde, tan ceñida, no interrumpe como antes, no puede ahora interrumpir” (*Detrás de las columnas*, 1967).

A la luz del relato, Belén interrumpe la visual del horizonte; su figura de guardameta vigilante incomoda a los dos adolescentes, que, al ver mermadas sus opciones de gol, deciden expulsarla del campo, sin una amonestación, sin una tarjeta roja: los adolescentes la asesinan en silencio, con una sincronía perversa, en la que cada uno conoce su ubicación y fusila de manera temeraria en la media distancia, lo que no permite a Belén desmarcarse a tiempo de los espacios ofensivos.

Los eventos vuelven a la memoria del narrador luego de escuchar un solo de guitarra de Grapelly. Ese recuerdo viene como un asalto, un autogol que, sin embargo, no altera el marcador de su pasado; tan solo se repite una y otra vez en su cabeza al son de ese *jazz* que se convierte en la banda sonora de su conciencia. Por eso busca solaparse en la mirada de Bayón con un pase corto al primer toque, y en esa jugada minúscula se convocan cómplices, silenciosos. Después de todo, los aguarda otro verano.

Este cuento es uno de los que quizás sintetiza con más fuerza el universo literario de Amalia Jamilis. Atmósferas densas, la feminidad como espacio de confrontación, relaciones de poder que determinan relaciones interpersonales, todos elementos concatenados en el relato y que se mueven entre lo real y lo fantástico como en pases de pared.



Amalia Jamilis (1936-1999), escritora argentina.

En “Los concertadores de bodas”, Dave, el nuevo marido de Chinaza, se desenvuelve de manera socarrona en su función de líbero. En el campo su alcance es limitado y de poca definición. Su necesidad de mimetizarse en la cultura norteamericana lo convierte en un jugador sin identidad, en un apátrida recalcitrante que denigra de su nombre, de su etnia, de sus costumbres, y en ese juego de transculturación se pierde en fintas inútiles, en pases irresolutos, en marcajes desprovistos de efectividad. Quizás por eso la actitud de Chinaza hacia él es indiferente; lo observa expectante sin empatizar, tan solo como una ojeadora que no reconoce talento alguno en el jugador y desestima su fichaje.

En Nia, en cambio, Chinaza se reconoce a sí misma. Nia representa otra forma de transculturación, pero esta acaso más digna, más elevada. En esa figura revulsiva, Chinaza recupera el aliento y con él la dignidad que siente arrebatada mediante las jugadas ofensivas de su nuevo marido, quien claramente no sabe leer su juego. En Nia encuentra una dupla dinámica y acompasada con quien crear líneas de pase con clarísimas opciones de gol. En este cuento, Adichie pone a funcionar los temas más emblemáticos de su compromiso como escritora: un hombre invasivo en su relación de pareja, las confrontaciones culturales en el exilio, la situación de las mujeres en los países musulmanes (y en el mundo entero), los dilemas éticos y morales frente a la familia y a las instituciones en general. Adichie plantea una vez más la marcación cuerpo a cuerpo a las sociedades misóginas, que no solo vulneran y explotan a la mujer, sino que la convencen de que con su servidumbre ganan virtud.

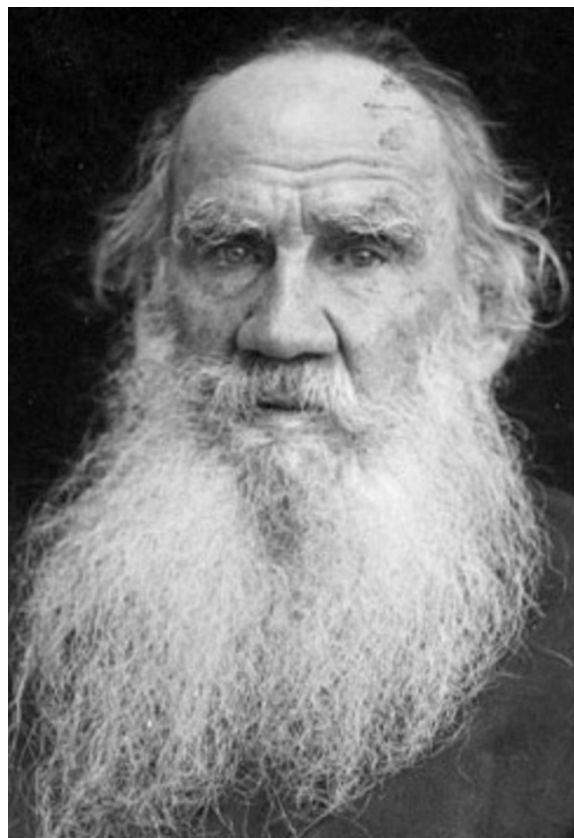
III

El juego corto y el estilo elevado: Rusia vs Uruguay¹

Javier Córdoba Cuevas*

Lev Nikoláievich Tolstói (1828-1910) –el anfitrión en este certamen literario– tendrá el saque inicial, con un relato de juego corto que bien podría estar categorizado dentro de la literatura fantástica, uno que salga quizá disparado de nuestra visión crítica sobre las letras de quien creó, una a una, las páginas de *Guerra y Paz* (1865-1869), como un sorpresivo balonazo a la portería contraria en el primer minuto de partido. El cuento “La muñeca de porcelana” (1863) dialoga con su lector al mejor estilo de –podríamos decir– la narrativa oscura de Allan Poe, refiriendo la historia, a manera de carta confidencial, de cómo Sonia queda convertida en una muñeca fría e inexpressiva en presencia de su marido. El de Tolstói es un juego pasivo en tanto recursos literarios, sin significar eso la ausencia de un estilo acertado que posee una intención que se lleva hasta el final sin rodeos. Las descripciones de dicha transformación, por ejemplo, pasan de ser un mero elemento de la forma de contar a una técnica intrépida de metaforización de las relaciones convencionales de la sociedad (tal vez contextualizada en la Rusia de mediados del siglo XIX).

Por su lado, es Uruguay quien se defiende de este repertorio simple de técnicas precisas con la apuesta de un contraataque a cargo del nacido en Salto: Horacio Quiroga (1878-1937). El convocado a defender la literatura charrúa viene respaldado por su “Decálogo del perfecto futbolista”, con el cual completa su onceno ideal:



Lev Tolstói (1828-1910), escritor ruso.

¹ El partido entre las selecciones de Rusia y Uruguay se llevó a cabo el 25 de junio de 2018, en el estadio Samara Arena, con un resultado de 3-0, a favor de Uruguay.

* Tutor docente en el Programa “Todos a Aprender” del Ministerio de Educación Nacional. Profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. e-mail: juliodenis24@gmail.com

1. Cree en un maestro –Forlán, Abreu, Suazo, Godín– como en Dios mismo.
2. Cree que la gloria es una cima inaccesible. Cuando puedas conseguirla, lo harás sin saberlo tú mismo.
3. Resiste cuanto puedas a la imitación de otro estilo de juego, pero imita si las críticas son demasiado fuertes. Más que ninguna otra cosa, el desarrollo de la identidad es una larga paciencia.
4. Ten fe ciega, no en tu capacidad para el triunfo, sino en el ardor con que lo deseas. Ama el balón como a tu novia, dándole todo tu corazón.
5. No empieces a jugar sin saber desde el primer pase a dónde irás. En un partido bien logrado los tres primeros minutos tienen tanta importancia como los tres últimos.
6. Una vez dueño de tus jugadas, no te preocupes de observar si son entre sí consonantes o asonantes.
7. No hagas falta sin necesidad. Si hallas el momento de hacerlas, él solo tendrá una justificación irrefutable. Pero hay que hablarlo.
8. Toma a tus compañeros de equipo y llévalos firmemente hasta el final sin ver otra cosa que el objetivo que se trazaron. Un partido es una batalla depurada de odio. Ten eso por verdad absoluta, aunque otros no lo crean.
9. No juegues bajo el imperio de la derrota. Déjala morir. Pero si eres capaz de soportarla tal cual es, habrás llegado a mitad del camino de la humildad.
10. No pienses sólo en ti al jugar, ni la impresión que harán tus jugadas. Juega como si tu fútbol no tuviera más interés que por el instante que los espectadores recordarán por siempre. No de otro modo se obtiene la gloria.

El de Quiroga es un juego aéreo perfecto, un estilo elevado que llega a tener una musicalidad, un juego de alusión casi poética de una narración que fluye con rapidez, pero sin dejar al azar cada detalle, cada imagen escogida. Hablamos aquí del cuento titulado “Las voces queridas que se han callado” (1908), el cual cuenta la historia de dos amigos que reconocen en la voz de un niño la de un



Horacio Quiroga (1878-1937), escritor uruguayo.

extraño personaje, una mujer, quizá muerta, quizá amada por ambos, pero al final un misterio poco fácil de resolver, una táctica de juego que confundiría al lector y que lo llevaría tal vez a infinitas relecturas.

Lev Tolstói responde a los constantes contragolpes dados por el estilo del maestro del cuento latinoamericano. Sin un derroche de palabras, sin un desorden en el juego literario, ambos llegan a ser influenciados por los enigmas de la naturaleza y de los espacios rurales: tanto su devoción hacia ella como el profundo horror que le despierta, pero que terminan dando como resultado la creación de obras como las que aquí se presentan.

Como capitán de su equipo, Quiroga reconoce la importancia de adelantar líneas, de vivir y morir nada más que por escribir. Y que al caer en una desafortunada jugada no te deberá llenar de miedo sino hasta que la muerte llegue para enfrentarse a ti. Como volante creador, Tolstói escoge el juego sutil, desprovisto en lo posible de la violencia que tuvo oportunidad de presenciar gran parte de su carrera de futbolista literario.

Luego de leer a estos dos grandes de la literatura universal no llegamos a dar un marcador preciso; sólo nos queda el disfrute de la palabra durante ese instante en que tampoco nadie nos llegará a recordar, si no pensamos de alguna manera en alcanzar la gloria.

IV

Griezmann y Le Clézio: hombres de América

Nahum Villamil Garcés*

La Copa Mundial de las Letras avanza en las lejanas tierras de Dostoievski, quien ya está preparando su encuentro de octavos de final contra el equipo de Iniesta-Cervantes. De todos los fabulosos picados literarios de esta nueva ronda, a nosotros nos compete presentarles el que disputarán dos campeonas mundiales: Francia y Argentina. Estas selecciones mantienen una extensa relación que abarca múltiples facetas y bemoles. Bien haríamos en hablarles desde la generación del 37, la influencia ilustrada,

Rayuela, Mallarmé, Valéry o Lautréamont, pero el presente nos impuso traerles unas impresiones sobre Antoine Griezmann.

Aclarando conceptos futbolísticos: Griezmann es el apodo de Jean-Marie Gustave Le Clézio (1940). En nuestro especial sobre la selección argentina le contamos los devenires de la bicampeona mundial, por ahora permítanos referirnos a los galos. Le Clézio fue una inmediata figura de la segunda mitad del siglo XX francés y Griezmann de la segunda década del XXI. Ambos son dos de los más prolíficos goleadores franceses y han asistido a las más relevantes galas de la gloria: uno recibió el Nobel en el 2008 y el otro el Balón de bronce del 2016.

* Estudiante del Programa de Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. e-mail: nahumvilla@hotmail.com

La fulgurante carrera de Le Clézio empieza con *Le procès verbal*, novela que le valió el premio Renaudot de 1964, cuando solo contaba 23 años en su documento de identidad. Sin embargo, este paso por la escuela objetivista de la *Nouveau roman* comporta en México, durante los setenta, una ampliación del abanico de posibilidades con algo que le emparenta nuevamente con Griezmann: la lengua castellana y la América Latina. El delantero francés jugó siempre en España y adquirió el castellano y hábitos rioplatenses como el mate, la cumbia y ciertas elevadas dosis de talento en el lenguaje del impropio. Le Clézio fue manifestando no sólo tendencias clasicistas o de ruptura en el ámbito occidental, sino que se adentró en el estudio de la vida precolombina de México, Panamá y el Perú. La aparición de estos valores introdujo derroteros nuevos en la obra del francés, verbigracia, la arqueología, las migraciones, el choque de civilizaciones, la ecología y el desencanto frente a la monstruosidad urbana, entre otras.

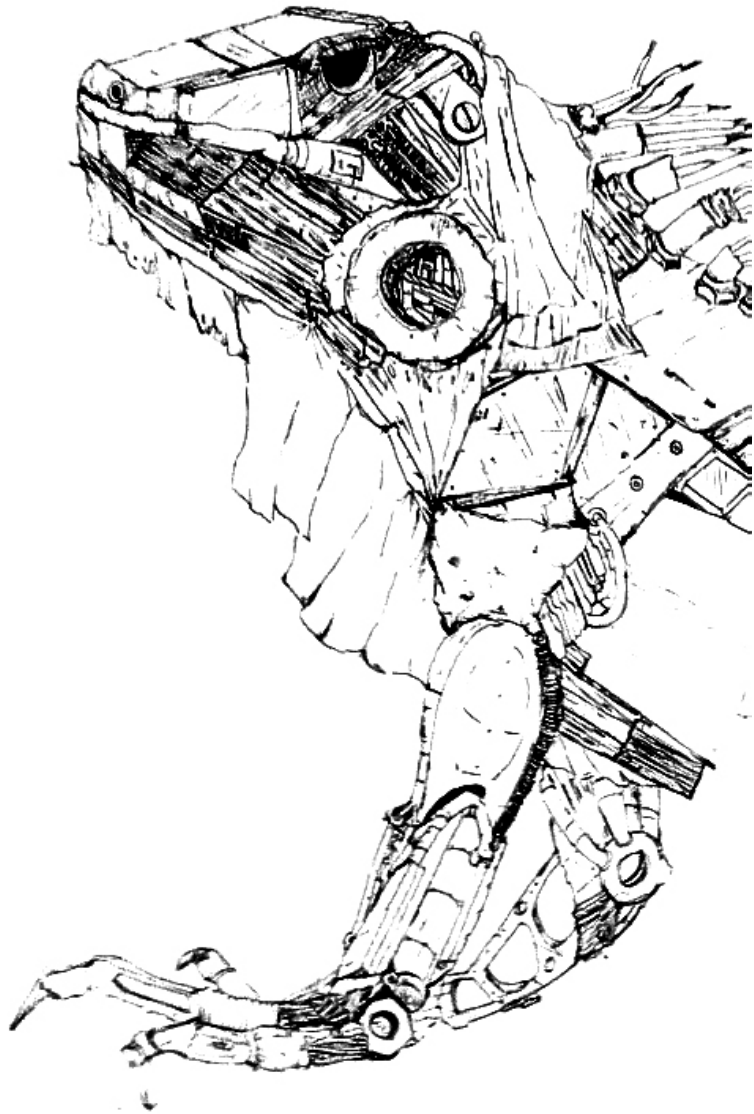
Entrevistado en 2007 por el escritor argentino Martín Kohan, Le Clézio señalaba: “Lo que primero me atrajo del mundo amerindio fue sobre todo del orden de la emoción estética: la estatuaria azteca, las pinturas del cuerpo

humano, y sin duda la admiración que se puede experimentar al encontrarse con un arte en el que el ego no es predominante”. Después continuarían sus rachas goleadoras en México, donde dedicaría parte de su obra a grandes figuras del país: el libro de ensayos *El sueño mexicano o el pensamiento interrumpido* (1988), la biografía *Diego et Frida* (1993), la novela *Ourania* (2006), relejendo a Tomás Moro y a Juan Rulfo, o las traducciones que hiciese de textos fundamentales de la cultura indígena como el *Chilam Balam* y *Las relaciones de Michoacán*.

En suma, con Le Clézio, como con Griezmann, asistimos a las múltiples capacidades de un delantero estrella, cuyo arsenal de definiciones está cargado de las más amplias consideraciones técnicas, posibilidades temáticas, enganches de las lenguas, desmarques de las defensas occidentales, y sin ninguna duda, presenciemos a un jugador cuyas maneras están profundamente marcadas por la historia de América Latina y a un escritor que, aunque criado en las canchas europeas, tira diagonales que conectan lo amerindio con la insoslayable tradición literaria y anota goles de las más elevadas facturas que se hayan conocido en las últimas décadas.



Horace Engdahl y Jean-Marie Gustave Le Clézio, Premio Nobel de Literatura, conversan en el Grand Hôtel de Estocolmo (2008).



De la serie "Ciudad parapeto" (Raúl Ballesteros, 2018).